

ARTÍCULO ORIGINAL: EL SANATORIO CARLOS DURÁN CARTÍN, CARTAGO, COSTA RICA: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y LA ARQUEOLOGÍA



Hospital San Juan de Dios. San José. Costa Rica. Fundado en 1845

Parte V: “El Arte y la Tuberculosis”

ISSN
2215-2741

Recibido: 28/03/2012
Aceptado: 26/09/2012

Faridy Mena Bustamante¹

¹Licenciada en Arqueología, UCR. Asistente de investigación en Antropología para el Programa Latinoamericano en Estudios Socioreligiosos PROLADES. Correo electrónico nayudmb@gmail.com.

Los artistas gráficos no evitaron representar las percepciones de la sociedad sobre el carácter tuberculoso, enfocándose en su mayoría en las fascies, es decir, las características físicas del enfermo de tuberculosis. Algunos de estos ejemplos son:

“**La niña enferma**” 1885-1886 de Edvard Munch (1863-1944). El pintor noruego Munch representa a una mujer que sostiene la mano de una niña con tuberculosis, en estado terminal. Representa la muerte de su hermana Sofie a los 15 años, a causa de este mal en 1877.

Munch es un artista azotado por la vida y que refleja en sus obras, el dolor y sufrimiento de su propia vida. A los 5 años su madre muere de tuberculosis y la idea de la muerte y la enfermedad le acechan durante toda su vida, por ello, gran parte de su obra gira en torno a estos temas.



Figura 1. Pintura “La niña enferma” de Edvard Munch

Uno de sus cuadros más importantes es “**El grito**” pintado en 1893. No se puede asegurar que su inspiración gire en torno a la tuberculosis, pero la posibilidad es bastante grande.

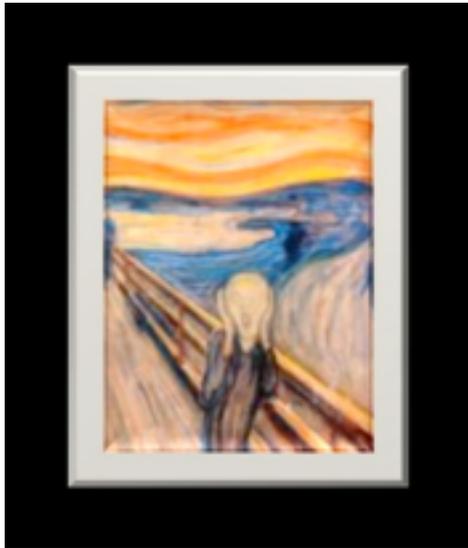


Figura 2. Pintura “El grito” de Edvard Munch

“**La primera y la última comunión**” 1888 de Cristóbal Rojas (1857-1890). Obra del pintor venezolano que muestra la escena de seis personajes presentes en la primera comunión de una niña tuberculosa, muy cerca de morir, por lo que ésta representa su última comunión también. A la vez, se observa la representación de la “fascies tuberculosa”, es decir, la imagen característica de la enfermedad.



Figura 3. Pintura “La primera y la última comunión” de Cristóbal Rojas.

“**La niña enferma**” 1880-1881 de Christian Krohg. De nuevo se hace alusión a una pequeña niña enferma de tuberculosis, sentada en un *chaise longue* (mecedora), como las que aparentemente fueron usadas en la mayor parte de sanatorios de Europa, para que los enfermos descansaran durante horas.



Figura 4. Pintura “La niña enferma” de Christian Krohg

Es probable que estos pintores usaran la imagen de niños enfermos, pues en ellos no se juzgaría la imagen de seres indefensos, puros y merecedores de compasión, al sufrir por uno de los más grandes males de la humanidad.

La ópera y la tuberculosis⁽⁶⁰⁾

Pero no solo la literatura y la pintura toman a la tuberculosis como inspiración, pues la ópera de Giacomo Puccini, “*La Bohème*” tiene a su personaje “*Mimi*” a partir de la inspiración de la obra de Alexandre Dumas (hijo)⁽⁶¹⁾, para mencionar tan solo un ejemplo.

La música y la tuberculosis

Los compositores tampoco dejan de lado la tuberculosis como inspiración para sus obras, denotando de nuevo el sufrimiento humano a través de la enfermedad.

En “*Tango, Mujer y Tuberculosis*”⁽⁶²⁾ se recoge las opiniones de dos médicos y un historiador, sobre la relación del tango con esta enfermedad. Este género es uno de los más ricos en ejemplos sobre el tema⁽⁶³⁾.

Uno de los artistas más conocidos por esta relación tango-tuberculosis es Carlos Gardel, pero también hay baladas que si no de modo explícito, hacen mención disimulada de la enfermedad, o que se basan en la lejanía de los seres queridos y la soledad provocada. Dentro de una nota publicada en el Diario Extra, la Dra. Nora Garita Bonilla en la sección página abierta, en su columna “Miradas”, hace referencia al Sanatorio Carlos Durán Cartín, haciendo alusión a un bolero que según menciona, le indican vecinos del lugar, fue escrito por un enfermo internado en este centro, y simboliza la despedida de su amada.

Se realiza una búsqueda de esta canción y se encuentra que existe una versión titulada “Nosotros” del cantante Luis Miguel, no se sabe a ciencia cierta si es la única versión del bolero, o si habrá una versión propia para nuestro país⁽⁶⁴⁾.

*“Atiéndeme, quiero decirte algo,
que quizá no esperes, doloroso tal vez.
Escúchame, que aunque me duela el alma,
yo necesito hablarte y así lo haré.
Nosotros, que fuimos tan sinceros,
que desde que nos vimos amándonos estamos.
Nosotros, que del amor hicimos,
un sol maravilloso, romance tan divino.
Nosotros, que nos queremos tanto,
debemos separarnos No me preguntes más,
No es falta de cariño,
Te quiero con el alma, te juro que te adoro,
y en nombre de este amor, y por tu bien, te digo
adiós.”* Nosotros, Luis Miguel

Lo que si queda claro, es cómo se denota dolor por la separación que va a significar para el enfermo internarse en el Sanatorio, y lo difícil que le resulta al despedirse de su amor, al saber que tal vez no puedan volver a unirse. Y que al mismo tiempo demuestra una gran forma de cariño pues sabe que de permanecer al lado de la mujer amada, ésta correría el peligro de enfermarse del mismo modo.

El cine y la tuberculosis

En el cine, la lista de películas que hacen alusión

o abordan de lleno el tema de la tuberculosis, es extensa y cada una de ellas toca de modo distinto las repercusiones de la enfermedad, por lo que es difícil hacer una introducción generalizada para esta categoría. Por ello, se decidió tan solo nombrar algunas de ellas, sin embargo es necesario aclarar que estas películas no buscan un modo científico exponer la tuberculosis, sino reseñar las experiencias cotidianas en torno a los más variados personajes, afectados por la enfermedad.

- “*Alfie*” (1966) de Lewis Gilbert. Reino Unido.
- “*Alma Rebelde*” (1934) (*Jane Eyre*) de Robert Stevenson. Estados Unidos.
- “*Amargo Despertar*” España (1973) (*A brief vacation Estados Unidos, Una breve vacanza*), de Vittorio de Sica. Italia.
- “*Boquitas Pintadas*” (1974) de Leopoldo Torre Nilson. Argentina.
- “*Camille*” (1936) (*La dama de las camelias*) de George Cukor. Estados Unidos.
- “*El Canibal*”, (*Zee Oui*) (2004) de Buranee Rachjaibund y Nida Suthatna Ayutthaya. Tailandia.
- “*El Jorobado de la Morgue*” (1972) de Javier Aguirre. España.
- “*El otro amor*” (1974) de André de Toth, Estados Unidos.
- “*Gemelas*”, (*De Tweeling*) (2002) de Ben Sombogaart. Países Bajos y Luxemburgo.
- “*La Decisión de Sophie*” (1982) de Alan J. Pakula. Reino Unido, Estados Unidos
- “*La Diabla*”, (*She Devil*) (1975) de Kurt Neumann. Estados Unidos.
- “*Los Miserables*”, (*Les Miserables*) (1998) de Billie August. Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos
- “*La Traviata*” (1982) de Franco Zeffirelli. Italia.
- “*Run away home*” (2008)

Ésta última hace referencia a la novela llamada “*Some things that stay*” o “*Cosas que quedan*” (2000), título en español, de la escritora Sarah Willi, ambientada en la Nueva York de 1950. Relata la historia de una adolescente que tiene un padre pintor y una madre ama de casa; constantemente están cambiando de lugar de residencia para complacer al padre artista que está en constante búsqueda de inspiración, la

madre de Tamara (protagonista de la historia) contrae tuberculosis y es ingresada en un Sanatorio antituberculoso, momento en el que Tamara, tiene que hacerse cargo de sus 2 hermanos menores, debido a la ausencia física de su madre y la ausencia mental de su padre, que se escapa de la vida real a través de sus pinturas, explotando la tristeza que le da el no poder estar con su mujer.



Figura 5. Portada del libro "Cosas que quedan" de Sarah Willis.

Al igual que sucedió con "La Dama de las Camelias" de Dumas, a partir de una obra literaria se realizan, en este caso una película ("*Run away home*") y a partir de la novela de Dumas, varias obras entre ellas "*La Bóhème*".

La obra de Willis, así como la película, exponen de modo muy claro el problema de la desintegración familiar, debido a la enfermedad y al ingreso de los enfermos en Sanatorios, dejando a los demás miembros de la familia, en un complicado estado, pues deben retomar papeles que no les correspondían anteriormente dentro del núcleo familiar. A la vez, esta obra resulta interesante pues expone la visión de un artista que se pierde en su inspiración (en este caso por la enfermedad de su esposa) dejando de lado a sus hijos y su responsabilidad como padre. Sin embargo, este hombre se siente culpable por aprovecharse de tan cruel situación, pues su mujer sufre de un estado muy avanzado de la enfermedad y está apenas consciente durante las visitas que le hacen, mientras él viaja por el país

realizando exposiciones de sus pinturas, que denotan su sufrimiento interior.

CARACTERIZACIÓN DEL ENFERMO TUBERCULOSO

El modo de caracterizar a los enfermos de tuberculosis, los dividen en 2 componentes: el corporal o físico y el psicológico, que encerraría a la vez su ser social. Como ser físico, la imagen del tuberculoso se caracteriza por los estragos propios de la enfermedad en el cuerpo, así se tiene a una persona de piel pálida, de figura muy delgada, ojerosa, manos temblorosas y calientes y sudoración nocturna, lo que caracteriza las "fascias del tuberculoso" propiamente.

Mientras como ser psicológico, se le atribuye un carácter melancólico, con tendencia a la creatividad, nervioso y débil, pero a la vez ardiente como la fiebre que le es propia, entre otras características más.

Por otra parte, se tiene además que los pobres, los adúlteros y los alcohólicos van a ser más propensos a tener la enfermedad, por lo que estas características también le configuran como ser social, diferenciado de los individuos sanos que no responderían a una vida de emociones excesivas.

Como se ha mencionado hasta el momento, los enfermos de tuberculosis fueron vistos como seres diferenciados de los individuos sanos o que padecían de otras enfermedades. Tal diferenciación correspondía a las características que les atribuían con regularidad. Por ello y para fundamentar tal visión de los tuberculosos, se exponen ejemplos de las 3 obras literarias más importantes, que se desarrollan alrededor de la enfermedad, siendo éstas: "Pabellón de Reposo", "La Dama de las Camelias" y "La Montaña Mágica". Así como una obra nacional llamada "Juan Luz y Sombra".

Ya que no contamos con relatos de personas que hayan pasado por la experiencia de haber sido diagnosticados con tuberculosis y de haber recibido tratamiento para ella, se tomarán estas citas textuales como el mejor modo de acercarnos al momento histórico.

Pabellón de Reposo

Esta obra se caracteriza por evidenciar la cotidianidad dentro de un Sanatorio para tuberculosos, en donde prima la visión del paciente, describiendo la forma en que se crean lazos emocionales entre los internos, quienes sufren de modo similar los síntomas de la enfermedad y la soledad al encontrarse aislados del mundo exterior y tener que lidiar con la muerte de sus compañeros. Gracias a su tono crudo y muy real, esta obra estuvo prohibida para los enfermos de tuberculosis en España, así como surgieron muchos seguidores para que la obra no fuese publicada, pues suponían que de su lectura no resultaría nada bueno. Así lo expone el mismo autor con estas palabras:

“Un conocido tisiólogo, el doctor A.M.S., viejo y admirado amigo mío, hombre bueno si los hay hoy y concienzudo, estudioso y entrañable como pocos, me escribe una larga carta rogándome que suspenda la publicación de mi novela Pabellón de Reposo. Los motivos que me da son, ciertamente, para tenerlos en consideración. Me habla de los frecuentes desequilibrios nerviosos de los enfermos del pecho, de sus hondas crisis morales; alude a la susceptibilidad enfermiza de los residentes en los Sanatorios, a sus monomanías; me cita casos de enfermas que al leer mi novela se sienten desgraciadas con la señorita del 37, de enfermos que creen reconocerse en el muchacho del 14; comenta las reacciones de sus enfermos ante los azares a que se me ha incurrido someter a mis personajes.”
(Cela 1952, p.94)

Lo que ejemplifica de modo preciso la forma en que son caracterizados los enfermos, como seres débiles, de sumo cuidado por su tendencia a la tristeza, seres complejos a la vez que vistos a modo de niños inseguros.

A partir de la lectura de esta obra, se puede notar como el Sanatorio como institución, objetiviza al sujeto, al darle un número a cada uno de los enfermos, perdiendo de este modo su individualidad:

“Lo único que me preocupa, que me preocupa intensamente, abrumadoramente, es ir viendo mis pañuelos, mis combinaciones, mis blusas, mis medias, todas marcadas en rojo: “40”, “40”,

“40”, sin que hayan dejado escapar ni una sola.”
(Cela 1952, p.61)

Además, en el libro se muestra la problemática de los enfermos de pocos recursos económicos:

“Se gastó sus ahorros para morir. Como no era rica murió en el Pabellón del Norte.”
(p.27)

Mostrando que existían espacios al igual que en el Sanatorio Carlos Durán Cartín en nuestro país, separados para las clases sociales pudientes, en este caso en particular, el pabellón de reposo era para enfermos de más recursos y en los que además la enfermedad había causado menos estragos:

“Al pabellón de reposo venimos los que en realidad no tenemos nada, los que llegamos huyendo del calor de la ciudad, los que lo único que necesitamos es reponernos un poco, es coger unos kilos que nos permitan hacer frente a cualquier eventualidad.”
(p.31)

Por otra parte, se habla de la soledad que rodea a los pacientes internados, al estar alejados de sus familias y seres queridos:

“¡Pobre 37, con lo mona que es! Lloro por las noches, cuando divisa a lo lejos las luces de la capital... Cuando se mete en la cama, después de cenar, coge entre las manos la fotografía del novio...y la aprieta contra su pecho hasta que el llanto la invade, un llanto convulsivo que acabará con ella.”
(p.33)

Denotando además la debilidad con que se caracteriza al enfermo, pues la simple tristeza afecta al individuo y a su estado general.

Otro tema interesante es el que se menciona en la siguiente cita:

“Cuando tengo algún esputo rojo, ya es sabido: suben las décimas, suben las pulsaciones, suben las respiraciones, sube la velocidad de sedimentación... Lo único que baja y baja sin parar es el peso, que no hay quien lo detenga. Quizá sea lo mejor seguir el consejo del médico: una Monaldi, preparatoria de una pequeña

plastia de cinco o seis costillas. ¡Es horrible, horrible, no tener a nadie a quien preguntar, no tener a nadie a quien preguntar, no tener a nadie a quien decir: ¿qué hago?, ¿me opero?, ¿no me opero?; no tener a nadie a quien pedir un poco de cariño, un poco del mucho cariño que necesito!”

(p.39)

Se denota como la enfermedad se apodera no solo de la vida cotidiana del paciente sino que incluso le cambia su forma de expresarse y se apodera de su pensamiento, al leer como esta mujer describe uno de sus cuadros de hemoptisis, usando conceptos técnicos, refiriéndose a su estado como lo haría el mismo médico, lo cual es un tema interesante pues las demás personas no entenderían la mayor parte de estas expresiones, por lo que deberían de tener un lenguaje distinto para comunicarse entre sí y de otro modo, para sus familiares o amigos en mayor medida al salir del Sanatorio.

Por otra parte se habla de la muerte, tanto física como social, pues el aislamiento es uno de los puntos más importantes para los enfermos internos en el Sanatorio, no solo por las barreras geográficas que les separaran del mundo exterior, sino también las barreras ideológicas basadas en el temor al contagio de la enfermedad:

“...Soy la mujer maldita, la señalada; soy la mujer a quien nadie puede besar en la boca, porque un mal terrible y pegadizo le come las entrañas.”

(p.39)

A pesar de tratarse de un ser social, el contacto con otros está limitado para el ser humano que carga en su cuerpo al bacilo de Koch, pues resulta potencialmente peligroso para los demás. Volviendo a la muerte física como tal se tiene:

“Ayer ha muerto el pobre muchacho del 14. Mala cosa; neumo bilateral, con fuerte exudado purulento; una siembra extensa en todo el pulmón derecho; uno de los muchos casos de freni fracasada; desviación del mediastino. No tuvo suerte. Quizás una plastia a tiempo le hubiera ahorrado mucho sufrimiento. Quizás le hubiera matado. También habría dejado de sufrir.”

(p.42)

Se percibe tanto el sufrimiento del propio enfermo, como de los que en igual condición le rodean, pues saben que seguir con vida les traerá dolor, así que la mejor forma de parar el sufrimiento es llegar a la muerte.

En cierto modo, estos ejemplos van a justificar el “control del cuerpo” del individuo como hace referencia Foucault en su libro “Vigilar y castigar”, éste se da cuando el propio individuo enfermo deja su ser en poder de otro (en este caso el médico). Se condiciona entonces al individuo, como propiedad de la institución que velará porque éste obtenga lo necesario para extender su vida, a pesar del dolor que pueda causársele.

Este hecho caracteriza también al enfermo tuberculoso de la época, pues al ser ingresado en un centro de atención especializada, como lo son en este caso los Sanatorios antituberculosos diseminados por el mundo durante todo el siglo XIX y parte del XX, el individuo pierde gran parte de su identidad, de su libertad y de su propio autocontrol; siendo así individuos que sacrifican su vida por vivir de cierto modo, pues a pesar de tener que alejarse de su mundo durante meses, sino años, deben entregarse a la medicina para que ésta les devuelva la salud perdida. En esta entrega tendrán que buscar nuevas formas de apropiación de su espacio y de los que les rodean, convirtiéndose en individuos completamente aislados de la sociedad en la que vivieron, hasta el momento en que pasaron a ser parte de la población internada en un Sanatorio y que formarán dentro de éste una nueva comunidad social.

Otro de los puntos importantes que toca el autor es el reposo, el cual está tan instaurado dentro de la cura sanatorial que incluso los pacientes se autonombran “los reposantes”, pues es lo que más los caracteriza. Este reposo se convierte en un ritual para la vida del enfermo y se adentra en su espacio físico, mental y sexual, pues en todas estas esferas se debe de mantener un ritmo lento dentro del espacio organizado institucionalmente, en el que todo está controlado.

La Dama de las Camelias

Profundizando en esta obra literaria se tienen múltiples ejemplos sobre los conceptos correspondientes a la imagen estereotipada del enfermo tuberculoso, así como de la vida de exceso

que lleva a la enfermedad, como consecuencia lógica y merecida y que a la vez, le daba a todos los individuos que la padecían, ciertas características en cuanto a carácter. En cuanto a la imagen del enfermo tuberculoso, en este caso enferma como Margarita, se describe como una mujer hermosa, con cierto atractivo inexplicable que le daba la enfermedad y que volvería loco a cualquier hombre.

“En aquella mujer había como una especie de candor. Se veía que aún estaba en la virginidad del vicio. Sus andares firmes, su talle flexible, las aletas de su nariz rosadas y abiertas, sus grandes ojos circundados de azul denotaban una de esas naturalezas ardientes que esparcen alrededor suyo perfume de voluptuosidad, cual esos pomos de oriente que, por muy cerrados que están, dejan escapar el aroma de la esencia que encierran. En fin, ora fuese un fenómeno natural, ora fuese una consecuencia de su estado enfermizo, en las pupilas de aquella mujer brillaban de rato en rato relámpagos de deseos cuya expansión implicaría una revelación del cielo para aquel a quien amase.”
(Dumas 1973, p. 97)

Dentro del campo de la medicina, se conoce a la imagen física dada por la tuberculosis al enfermo como “fascies margaritoide”, haciendo alusión a la “belleza” de Margarita como describe el autor, pero que en efecto corresponde a la palidez y al aspecto aporcelanado en la piel del enfermo, así como a las ojeras marcadas y la ligera coloración del rostro por la presencia de fiebre y que puede verse como una belleza cautivante (Mariastegui, J, 1996). Margarita Gautier, constituye el modelo ejemplar del individuo tuberculoso, pues a partir de una vida de excesos y pecados, se tiene como consecuencia final la muerte dolorosa que permitiría la expiación de los pecados. Además resulta una mujer joven y hermosa así como con un gran carisma que enamora a todos a su alrededor, pero que encuentra su final en la más cruel soledad.

Si bien se sabe que existen factores determinantes de la salud, que pueden actuar, poniendo al individuo en riesgo de que su salud se vea desmejorada, como en efecto el alcoholismo, el hacinamiento, la falta de adecuado descanso y buena alimentación entre otros muchos factores, no es correcto que todo el que resulte enfermo de tuberculosis va a proceder de este tipo de vida, por lo que se considera esta imagen como estereotipada.

Sin embargo, lectura médica afirma que bajo condiciones apropiadas, el organismo debería ser

capaz de resistir a la infección, por lo que estas situaciones negativas si podrían generar desventaja al individuo. Resulta de cierto modo difícil definir qué hace realmente susceptible al ser humano para contraer la tuberculosis.

PERCEPCIÓN DE LA CLASE ALTA HACIA EL ENFERMO TUBERCULOSO

La Montaña Mágica

Con la obra de Thomas Mann, es posible tomar ejemplos sobre cómo era ser un enfermo de tuberculosis, perteneciente a la clase alta. En contraposición a lo expuesto en “La Dama de las Camelias” y “Pabellón de Reposo”, por ello se tomará citas textuales que permitan acercarse, al menos parcialmente, a la vida cotidiana de las personas pudientes, con relación a las menos afortunadas y siendo éstas portadoras o no de la enfermedad tuberculosa, caracterizarán el modo de pensar de la clase alta, para con respecto a la enfermedad y quienes la padecen.

Por ejemplo se habla sobre la hora de la comida, en la que se consumían ricos alimentos:

“¿Para qué iba a imponérsele ese régimen? Un régimen de enfermo, un régimen de parquedad, no estaba en modo alguno indicado para su caso. Se encontraba allí y pagaba la tarifa completa, y lo que le servían durante la eternidad inmóvil de aquella hora, no era una sencilla sopa, sino la comida completa de seis platos del Berghof, una comida succulenta todos los días de la semana, y el domingo una comida de gala, placentera, espectacular, preparada por un cocinero en formación europea en una cocina de establecimiento de lujo. La criada cuyo papel era el de atender a los enfermos que guardaban cama, se la servía en bandejas niqueladas y brillantes marmitas...y Hans Castrop comía como el hijo del sastrero ante la mesa mágica en el cuento de hadas.”
(p.304-305)

Por el contrario, se sabe que en nuestro país, a pesar de que la comida que se le daba a los pacientes era buena, existía la norma de pagar por el exceso de alimentos, de modo que el Sanatorio les entregaba una comida básica a cada uno de los pacientes y dependiendo del dinero con que contaban, podían agregar más alimentos o leche a la alimentación. Probablemente en los pabellones para pensionistas,

la situación no fuese muy distinta a la descrita por Mann.

El autor hace también alusión a ciertas actividades recreativas a las que no todos podían tener acceso, ya que para ellas se requería de cierta cantidad de dinero disponible.

“Reinaba también la afición a coleccionar sellos... Todo el mundo pegaba, cambiaba y traficaba. Se abonaban a revistas de filatelia, se sostenía correspondencia con casas especializadas de todos los países, con asociaciones y aficionados, destinaban sumas inverosímiles a la compra de sellos raros e incluso, se daba el caso de que pensionistas cuya situación financiera no les permitía más que pasar algunos meses en ese lujoso establecimiento, hacían importantes compras de sellos”.

(p.1021)

Así como el consumo de ciertas extravagancias:

“...esta epidemia duraba hasta que otro entretenimiento la vencía y el buen tono exigía, por ejemplo, que se reuniesen y devorasen grandes cantidades de chocolates de las marcas más variadas... y los productos más apetitosos ya no podrían ser apreciados por aquellos estómagos que estaban atiborrados de Milka, «Chocolat à la creme dâmandes», «Marquis-Napolitain» y lenguas de gato salpicadas de oro.”

(p.1021)

Por otra parte, a pesar de que en el Sanatorio descrito por Mann, también se estaba aislado en las montañas, en éste los pacientes podían recibir visitas de amigos y familiares, que se hospedaban en el propio Sanatorio, cosa que parece inverosímil para la realidad de nuestro país, motivo por el que esta situación dista de poder compararse con nuestro Sanatorio, sin embargo, no puede afirmarse de modo inalterable el que los pensionistas no recibieran visitas especiales.

A la vez el autor describe los regalos recibidos a través del correo; en nuestro país se sabe que llegaba correo al Sanatorio, con la dirección de “Hacienda Azul”; cierta clave para saber a qué lugar se enviaban los paquetes, sin tener que hacer referencia directa al Sanatorio.

En “La Montaña Mágica” se describe que:

“El correo era bastante abundante desde hacía

algunos días... habían recibido también envíos de su lejano país, regalos cuidadosamente empaquetados, que se hallaban ahora dispersos por el cuarto; vestidos cuidadosamente elegidos, corbatas, chucherías lujosas de cuero y níquel, pasteles de Navidad, nueces y pasteles de almendra”.

(p.463)

A pesar de que en el Sanatorio del libro, el cual se basa en un Sanatorio real, se tiene la cura de reposo, como parte de la cura sanatorial imperante en la época, algunos de los pacientes podían viajar a la ciudad en algunas ocasiones, probablemente a modo de recreación y para realizar ciertas compras personales. Un fragmento muy interesante del libro es el siguiente:

“...Sí, Dios mío, la sociedad se halla a veces mezclada en esta clase de establecimientos. No se puede elegir a los vecinos de la mesa. ¿A dónde nos llevaría eso? En mi mesa también hay una dama de ese género..., la señora Staehr, creo que la conoce, ¿verdad? Es una ignorancia supina, y a veces no sabe uno hacia dónde mirar cuando ella habla... quizá no me he explicado con claridad, pero me parece algo singular que uno sea estúpido y al mismo tiempo este enfermo; creo que estas dos cosas reunidas es lo más triste que puede darse en el mundo. Uno no sabe qué hacer, pues a un enfermo hay que tratarle con respeto y seriedad, ¿no es así? La enfermedad es, en cierto modo cosa respetable. Pero cuando encuentra uno estos casos... no sabe si hay que llorar o reír; es un dilema para el sentimiento humano mucho más lamentable de lo que puede imaginarse... Consideramos que un hombre idiota debe ser ordinario y estar sano, y que la enfermedad hace al hombre refinado, inteligente y especial.”

(p.159)

Ya que según Mann esta afirmación la hacen los mismos pacientes, es interesante advertir que desde su condición de enfermos, pertenecientes a la clase alta o burguesía, como hace referencia el autor, necesitan hacer denotar su diferencia de los demás y es por ello que se sienten seres especiales muy diferentes de las clases bajas, por no contar con el saber que poseen éstos gracias a su educación y conocimiento del mundo. El libro está lleno de ejemplos de arte, ciencia y conocimiento propio de la Europa del siglo XIX, realidad que no dista tanto de la de nuestro país, como podría imaginarse; pues como se ha expuesto con anterioridad, la gran mayoría de

médicos y profesionales del país, estudiaron en Europa, por lo que tendrían el mismo conocimiento, aplicado a nuestra realidad.

Tal parece ser que para quienes contaban con ciertos recursos, el estar internados en un Sanatorio antituberculoso, no resultaba igual de engorroso que para los que no contaban con tales ingresos. Pues podían darse ciertos lujos e incluso agruparse de modos especiales y así no se sentirían del todo alejados del mundo exterior, pues probablemente el estar internados les resultaría una especie de vacación larga, pues mantendrían cierto contacto con el mundo exterior, y no deberían sacrificar ni su vida fuera del sanatorio, ni dentro de éste; como sí sucedía con los pacientes de menos recursos, que debían mantenerse con poco contacto con sus seres queridos, por la lejanía física impuesta por la geografía y además no podían seguir administrando ni sus negocios, ni manteniendo a su familia al ser ingresados al centro de salud.

Además queda claro que para una persona de clase alta, su enfermedad no sería el resultado de la inmundicia, de la ignorancia como se esperaba por norma general, por lo que muy probablemente afirmarían tener alguna dolencia asociada al cansancio o a la contaminación de la ciudad, por lo que les sería útil el alejarse del bullicio y la multitud para internarse en las montañas y recibir cuidado y aire fresco; a la vez que verían a los enfermos de clase baja como seres tísicos gracias a una mala vida.

60 Si bien se sabe que existe una discordancia en cuanto a la cantidad e información referida a este punto en particular, con relación a los demás, no se da por falta de interés o por considerarlo un punto menos importante, sino porque el acceso a información sobre Ópera es menor al que se tiene para la literatura o el cine.

61 Mimí es el personaje de Margarita Gautier (La dama de las camelias) modificado para la obra.

62 No fue posible encontrar un ejemplo específico, como la letra de uno de los tangos.

64 Según indican fuentes varias, esta canción tiene tantas versiones como posibles autores, dada la gran cantidad de opiniones es difícil poder asegurar la validez de una o de otra. Se apunta por ejemplo a que su autor es el cubano Pedro Junco Redondas, quien la habría escrito en el año 1942, presentándola en el Festival Musical Cubano, y quien precisamente muere de tuberculosis a los 23 años.
